

La falsa medida del hombre

Edición revisada y ampliada

Stephen Jay Gould

Crítica

Grijalbo Mondadori

Barcelona

Crítica de *The Bell Curve*

The Bell Curve

The Bell Curve de Richard J. Herrnstein y Charles Murray proporciona una oportunidad soberbia y poco habitual para profundizar en la significación del experimento como método científico. La reducción de las variables confusas es el primer desiderátum de todo experimento. Introducimos toda la confusión zumbante y floreciente del mundo exterior en nuestros laboratorios y, manteniendo todo lo demás constante en nuestra simplicidad artificial, tratamos de que varíe un único factor potencial en cada ocasión. No obstante, a menudo no podemos utilizar este método experimental, sobre todo en la mayor parte de los fenómenos sociales, cuando la importación al laboratorio destruye el objeto a investigar; y entonces sólo podemos suspirar por que haya en la naturaleza indicadores que simplifiquen. Si, por lo tanto, el mundo exterior hace el favor de mantener constantes para nosotros algunos factores de importancia crucial, entonces sólo podemos dar gracias por esa aportación de la naturaleza al conocimiento.

Cuando un libro consigue tanta atención como ha merecido *The Bell Curve*, deseamos conocer las causas. Se podría sospechar que debe ser el contenido mismo —una sorprendente idea nueva, alguna antigua sospecha verificada ahora mediante datos convincentes—, pero la razón bien puede ser la aceptabilidad social, o bien simplemente el bombo publicitario. *The Bell Curve* no contiene ningún argumento nuevo ni presenta datos precisos que sostengan su anacrónico darwinismo social. Por lo tanto, debo concluir que el éxito inicial de ganar tal atención debe reflejar el estado de ánimo depresivo de nuestro tiempo: un momento histórico de mezquindad sin precedentes en que el ánimo para reducir radicalmente los programas sociales puede fomentarse mediante el argumento de que no es posible ayudar a los beneficiarios debido a los innatos límites cognitivos que se ponen de manifiesto en las bajas puntuaciones del CI.

The Bell Curve se apoya en dos argumentos claramente distintos pero consecutivos que juntos abarcan el corpus clásico del determinismo biológico como filosofía social. La primera tesis (capítulos 1-12) repite los dogmas del darwinismo social tal como se constituyó originalmente. (El «darwinismo social» se

ha utilizado a menudo como término general para cualquier argumentación sobre las bases biológicas de las diferencias entre los seres humanos, pero el significado inicial se refería a la específica teoría de la estratificación de las clases dentro de las sociedades industriales, en especial a la noción de una clase baja perpetuamente pobre y compuesta de personas genéticamente inferiores que se habían precipitado en su inevitable sino.)

Esta mitad darwinista social de *The Bell Curve* surge de una paradoja del igualitarismo. Mientras las personas se mantienen en lo alto de la pirámide social por el azar de un apellido noble o de la riqueza procedente de los padres, y mientras los miembros de las castas despreciadas no pueden ascender cualesquiera que sean sus talentos, la estratificación social no reflejará el mérito intelectual, y la brillantez estará repartida por todas las clases. Pero si puede conseguirse la auténtica igualdad de oportunidades, entonces ascienden las personas inteligentes y las clases inferiores se vuelven más rígidas al retener sólo a los intelectualmente incompetentes.

Esta discusión decimonónica ha atraído a diversos adalides del siglo xx, entre otros al psicólogo Lewis M. Terman, de Stanford, que importó de Francia el test original de Binet, desarrolló el test Stanford-Binet de CI y dio una interpretación hereditaria a los resultados (la que Binet había rechazado decididamente al crear este tipo de test); a Lee Kuan Yew, primer ministro de Singapur, quien trató de implantar un plan para premiar a las mujeres bien educadas que aumentarían su natalidad; y a Richard Herrnstein, coautor de *The Bell Curve* y autor de un artículo aparecido en 1971 en *Atlantic Monthly* donde presentaba el mismo argumento sin documentarlo. No es que la tesis general carezca de interés ni que sea ilógico, pero requiere que sean válidas cuatro premisas inciertas, todas las cuales son afirmadas (pero en absoluto expuestas ni defendidas) por Herrnstein y Murray. En su formulación, la inteligencia debe poder describirse con un único número, capaz de clasificar a las personas en orden lineal, de base genética y efectivamente inmutable. Si alguna de estas premisas es falsa, todo el argumento se desmorona. Por ejemplo, si todas son ciertas excepto la inmutabilidad, entonces los programas para intervenir desde muy pronto en la educación podrían operar aumentando persistentemente el CI, lo mismo que un par de gafas puede corregir un defecto genético de visión. El argumento central de *The Bell Curve* falla porque la mayor parte de las premisas son falsas.

La segunda tesis (capítulos 13-22), el pararrayos sobre el que cae la mayor parte del comentario, extiende el argumento a favor de la estratificación cognitiva innata en concordancia con las clases sociales a una reivindicación de las diferencias raciales hereditarias de CI: pequeña en el caso de la superioridad asiática sobre los caucásicos, pero grande en el de los caucásicos sobre las personas de origen africano. Este argumento es tan antiguo como el estudio de las razas. El debate de la última generación se centró en la sofisticada obra de Arthur Jensen (mucho más elaborada y variada que todo lo presentado en *The Bell Curve* y, por lo tanto, todavía una mejor fuente para comprender el argumento y sus falacias) y en la tortuosa defensa de William Shockley.

La falacia central de utilizar la heredabilidad sustancial del CI dentro de

los grupos (entre los blancos, por ejemplo) como una explicación de las diferencias entre los grupos (blancos frente a negros, por ejemplo) es ahora bien conocida y reconocida por todo el mundo, incluidos Herrnstein y Murray, pero merece una nueva exposición mediante ejemplos. Tómese un rasgo mucho más heredable de lo que nadie haya considerado para el CI, pero políticamente no problemático: la talla corporal. Supongamos que mido la talla de los varones adultos en un pobre poblado indio acosado por privaciones alimentarias generalizadas. Supongamos que la altura media de los varones adultos fuera de 168 cm, bien por debajo de la media estadounidense de 175 cm. La heredabilidad dentro de la aldea es posible que sea alta; lo que significa que los padres altos (que pueden tener una media de 172 cm) tienden a tener hijos altos, mientras que los padres bajos (con una media de 163 cm) tienden a tener hijos bajos. Pero la alta heredabilidad dentro de la aldea no significa que una mejor alimentación no pudiera elevar la talla media a 178 cm (por encima de la media estadounidense) en pocas generaciones. Del mismo modo, la diferencia media de 15 puntos que hay entre los CI de blancos y negros en Estados Unidos, con una sustancial heredabilidad del CI en los linajes familiares dentro de cada grupo, no permite sacar la conclusión de que una verdadera igualdad de oportunidades no podría elevar la media de los negros hasta igualar o superar a la de los blancos.

Puesto que Herrnstein y Murray conocen y reconocen esta crítica, deben construir una argumentación admitidamente circunstancial para atribuir la mayor parte de la diferencia entre blancos y negros a factores genéticos irrevocables, a la vez que subrayan que las diferencias medias no sirven en absoluto para juzgar a ninguna persona concreta, puesto que muchos individuos negros tienen una puntuación por encima de la media blanca en CI. Al margen de la incertidumbre retórica con que se adorna esta vieja táctica trillada —«algunos de mis mejores amigos son del grupo x»—, Herrnstein y Murray quebrantan la equidad al convertir un caso complejo, que sólo puede dar pie a agnosticismo, en un compendio tendencioso a favor de las diferencias permanentes y hereditarias. Le imponen este giro haciendo de cada paja a su favor un roble, mientras que no mencionan sino de pasada el poderoso argumento circunstancial a favor de la maleabilidad ni la cortedad de las diferencias genéticas medias (las impresionantes mejoras del CI en los niños negros pobres adoptados en hogares bienestantes e intelectuales; la media del CI aumenta en algunos países desde la segunda guerra mundial tanto como la diferencia de 15 puntos que separa ahora a los blancos de los negros en Estados Unidos; el no haber podido encontrar ninguna diferencia cognitiva entre dos grupos de niños nacidos de mujeres alemanas fuera del matrimonio y criados en Alemania como alemanes, pero engendrados por soldados norteamericanos blancos y negros).

Aun encontrando inquietante el anacronismo de *The Bell Curve*, todavía me acongoja más su patente duplicidad. Los autores omiten hechos, utilizan mal métodos estadísticos y no parecen tener ninguna gana de admitir las consecuencias de sus propias palabras.

Duplicidad de contenido

El océano de publicidad que ha rodeado a *The Bell Curve* tiene su base en lo que Murray y Herrnstein (*New Republic*, 31 de octubre de 1994) llaman «el punto de ignición de la inteligencia como tema de interés público: la cuestión de las diferencias genéticas entre las razas». Y sin embargo, desde el día de la publicación, Murray ha estado contemporizando y negando que la raza sea en absoluto un tema importante del libro; por el contrario, acusa a la prensa de haber avivado con mala fe estas concretas llamaradas. Escribe a medias con Herrnstein (que murió justamente un mes antes de la publicación) en *New Republic*: «Esto es lo que esperamos que sea nuestra contribución a la polémica. Lo escribimos en cursiva; si pudiéramos lo escribiríamos con luces de neón: *La respuesta no tiene importancia*».

Lo cual es bastante exacto, en el sentido estricto de que cualquier individuo puede ser un miembro de rara brillantez de un grupo cuya media es la estupidez (y, por lo tanto, no sujeto a juicio por la media del grupo), pero Murray no puede negar que *The Bell Curve* trata la raza como uno de los dos grandes temas, concediendo igual espacio a ambos; ni puede pretender que las tesis vigorosamente enunciadas sobre las diferencias entre los grupos no tengan impacto político en una sociedad obsesionada por las significaciones y las consecuencias de la etnicidad. La misma primera frase del prefacio de *The Bell Curve* reconoce la igualdad de tratamiento para los dos temas que son las diferencias individuales y las grupales: «Este libro trata de las diferencias de capacidad intelectual entre las personas y entre los grupos, y de lo que significan esas diferencias para el futuro estadounidense». Y el artículo de Murray y Herrnstein en *New Republic* comienza por identificar las diferencias raciales como el tema clave que interesa: «Lo que se dice en privado de las razas en Estados Unidos es distinto de lo que se dice en público».

Duplicidad de la argumentación

The Bell Curve es una obra maestra de la retórica científicista y de esa especial ansiedad y ofuscación que imponen los números a los comentaristas no profesionales. El libro se extiende a lo largo de 845 páginas que incluyen más de 100 de apéndices repletos de cifras. De manera que el texto tiene un aspecto complicado y los comentaristas han huido espantados con la excusa, a manera de reflejo rotuliano, de que, aunque sospechen la existencia de falacias en la argumentación, la verdad es que no pueden juzgar. Así Mickey Kaus escribe en *New Republic* (31 de octubre): «Como lector profano de *The Bell Curve* no estoy capacitado para juzgar con objetividad»; lo mismo hace Leon Wieseltier en el mismo número: «Murray también oculta el rigor de sus ideas políticas detrás del rigor de su ciencia. Y su ciencia, por lo que yo sé, es floja ... O eso me imagino. No soy científico. No entiendo nada de psicometría». O bien Pe-

Passell en el *New York Times* (27 de octubre de 1994): «Pero este comentarista no es biólogo y dejará la discusión a los especialistas».

En realidad, *The Bell Curve* es extraordinariamente unidimensional. El libro no hace el menor intento de investigar la amplitud de los datos disponibles y presta sorprendentemente poca atención a la rica e informativa historia de este discutible tema. (Sólo hay que acordarse de la máxima de Santayana, en la actualidad un cliché de la vida intelectual: «Quienes no se acuerdan del pasado están condenados a repetirlo».) Prácticamente todos los análisis se basan en una misma técnica aplicada a cada conjunto distinto de datos; todo probablemente realizado en una única operación de ordenador. (Estoy de acuerdo en que los autores han utilizado la técnica más adecuada —la regresión múltiple— y la mejor fuente de información —la Encuesta Longitudinal Nacional sobre la Juventud (*National Longitudinal Survey of Youth*)—, aunque más adelante expondré una falacia central de su procedimiento. Sin embargo, sencillamente ocurre que unas tesis tan generales como las propuestas en *The Bell Curve* no es posible defenderlas como es debido —es decir, corroborarlas o negarlas adecuadamente— mediante un enfoque tan restringido.)

Los flagrantes errores e inexactitudes de *The Bell Curve* podían haber sido pescados por los comentaristas profanos en la materia con no haberse dejado asustar por los números; pues Herrnstein y Murray escriben con claridad y sus faltas son a la vez patentes y accesibles. Yo clasificaría las falacias en dos categorías: las omisiones y confusiones, y el contenido.

1. *Omisiones y confusiones*: Si bien renuncia a sus propias capacidades para juzgar, Mickey Kaus (en *New Republic*) identifica correctamente «las dos primeras tesis» que son absolutamente esenciales «para que funcione el pesimista argumento de la la diferencia étnica»: «1) que existe una única medida general de la capacidad mental; 2) que los tests de CI que pretenden medir esta capacidad ... no sean culturalmente tendenciosos».

Nada me enfada más en *The Bell Curve* que el hecho de que los autores no aporten ninguna justificación a su tesis central, el *sine qua non* de su entera argumentación: la realidad del CI en tanto que número que mide una auténtica propiedad de la cabeza, el celebrado «factor general» de inteligencia (conocido por *g*) que identificó en primer lugar Charles Spearman en 1904. Murray y Herrnstein se limitan a proclamar que la cuestión ya ha sido decidida, como en este pasaje de su artículo en *New Republic*: «Entre los especialistas está actualmente fuera de discusión técnica que existe un factor general de capacidad cognitiva sobre el que difieren los seres humanos, que este factor general se mide de forma razonablemente exacta mediante una diversidad de tests estandarizados, y mejor que por ninguno mediante los tests de CI diseñados con este propósito».

Esta afirmación representa una extraordinaria ofuscación, conseguida al definir al «especialista» como «ese grupo de psicometristas que trabajan siguiendo la tradición del *g* y su avatar, el CI». Los autores incluso admiten (pp. 14-19) que ahora mismo existen en disputa tres principales escuelas de interpretación psicométrica y que sólo una apoya su opinión sobre el *g* y el CI: los clásicos, tal como son defendidos en *The Bell Curve* («la inteligencia como estructu-

ra)), los revisionistas («la inteligencia como procesamiento de la información») y los radicales («la teoría de las inteligencias múltiples»).

Este tema vital no puede decidirse, ni tan siquiera comprenderse, sin tratar la principal y única justificación que *g* ha mantenido desde que Spearman inventó el concepto en 1904: el análisis factorial. El hecho de que Herrnstein y Murray apenas mencionen la argumentación de la analítica factorial (el tema recibe una atención fugaz en dos párrafos) proporciona una acusación central e ilustra la vaciedad de *The Bell Curve*. ¿Cómo pueden los autores basar un libro de ochocientas páginas en una única afirmación a favor de la realidad del CI como algo que mide una capacidad cognitiva general, genuina y en buena medida genética; y después apenas mencionar, ni a favor ni en contra, el fundamento teórico de esta certeza? Vienen inmediatamente a la cabeza varios clichés como un «*Hamlet* sin príncipe de Dinamarca».

Aun admitiendo que el análisis factorial sea un asunto difícil y matemático, puede explicarse a los lectores profanos mediante la formulación geométrica desarrollada por L. L. Thurstone en la década de 1930 y utilizada por mí en el capítulo 7 de *La falsa medida del hombre*. Unos cuantos párrafos tal vez no basten para lograr una adecuada explicación, así que, aunque ofrezco más adelante unas imprecisas indicaciones, los lectores no deben preocuparse por su propio CI si el tema sigue resultándoles arcano.

En suma, los resultados de una persona en diversos tests psicológicos tienden a tener una correlación positiva; es decir, si se hace bien una clase de tests, se tiende a hacer bien todos los demás. El resultado bien poco puede sorprender y se le aplica una interpretación puramente genética (algo innato que hay en la cabeza y eleva todas las naciones) o bien puramente ambientalista (los buenos libros y la buena alimentación durante la infancia favorecen todas las realizaciones). Por lo tanto, las correlaciones positivas no dicen nada de por sí sobre sus causas.

Charles Spearman utilizó el análisis factorial para identificar un eje único —que llamó *g*— que es el que mejor identifica el factor común que hay detrás de las correlaciones positivas entre los tests. Pero Thurstone demostró posteriormente que se podía hacer desaparecer *g* mediante la simple rotación de los ejes factoriales a posiciones distintas. En una rotación, Thurstone situó los ejes cerca de los atributos más separados entre los tests, dando así pie a la teoría de las inteligencias múltiples (verbal, matemática, espacial, etc., sin ningún *g* que las englobe todas). Esta teoría (la visión «radical» en la clasificación de Herrnstein y Murray) ha sido apoyada por muchos psicometristas eminentes, entre otros por J. P. Guilford en la década de 1950 y, de manera muy notable, por Howard Gardner. En esta perspectiva, *g* no puede ser una realidad inherente, pues *g* surge en una sola forma de representación matemática de las correlaciones entre tests, y desaparece (o al menos se atenúa mucho) en otras formas que son absolutamente equivalentes en cuanto a la cantidad de información que explican. En cualquier caso, no es posible aprehender en absoluto el quid de la cuestión sin una clara exposición del análisis factorial; y *The Bell Curve* renuncia por completo a sus responsabilidades sobre este concepto central.

Sobre el segundo tema de Kaus, el del «prejuicio o sesgo cultural», la presentación de *The Bell Curve* iguala a Arthur Jensen, y a otros hereditaristas, al confundir el significado técnico (y propio) de un prejuicio (yo lo llamo «prejuicio E»), por «estadístico» con el concepto vulgar, absolutamente distinto, que llamaré «prejuicio V», que agita el debate popular. Todos estos autores juran y perjuran (estoy totalmente de acuerdo con ellos) que los tests no están sesgados en el sentido estadístico. La ausencia de prejuicio E significa que la misma puntuación, cuando la logran miembros de grupos distintos, producen la misma consecuencia; es decir, que una persona negra y otra blanca con idéntica puntuación de 100 en el CI tendrán las mismas probabilidades de hacer cualquier cosa que se suponga que predice el CI. (Debo confiar en que los tests mentales no estén sesgados en el sentido E, pues la profesión de realizador de tests no valdría mucho si quienes la ejercen no pudieran eliminar fuentes de inexactitud tan evidentes mediante una cuidadosa elección y articulación de las preguntas.)

Pero el sesgo V, el que preocupa a la opinión pública, encarna un asunto totalmente distinto que, por desgracia, utiliza la misma palabra. El público quiere saber si la media de 85 de los negros y la de 100 de los blancos se deben a que la sociedad trata desigualmente a los negros; es decir, si la puntuación más baja de los negros está sesgada en este sentido social. Y esta cuestión crucial (a la que no sabemos cómo responder) no puede tratarse mediante la demostración de que no existe sesgo E (el único aspecto que se aborda, bien que correctamente, en *The Bell Curve*).

2. *Contenido:* Como se ha expuesto antes, prácticamente todos los datos de *The Bell Curve* proceden de un único análisis: la representación, realizada mediante una técnica denominada regresión múltiple, de comportamientos sociales que nos inquietan, como la delincuencia, el desempleo y los nacimientos extramatrimoniales (tratados como variables dependientes), que se contraponen tanto al CI como al nivel socioeconómico de los padres (tratados como variables independientes). Los autores mantienen primero constante el CI y examinan la relación de los mismos comportamientos sociales con el CI. En general, encuentran una mayor correlación con el CI que con el nivel socioeconómico; por ejemplo, las personas con CI bajo es probable que abandonen en mayor número los estudios en la escuela que las personas que tienen padres con bajo nivel socioeconómico.

Pero estos análisis deben atender a dos aspectos —la forma y la importancia de la relación— y Herrnstein y Murray sólo se ocupan del aspecto que favorece su punto de vista, mientras que prácticamente ignoran (y en un pasaje clave casi ocultan voluntaria e intencionadamente) el otro factor que pesa tan profundamente en su contra. Los numerosos gráficos sólo presentan la forma de las relaciones; es decir, dibujan las curvas de regresión de las variables sobre el CI y el nivel socioeconómico. Pero, violando todas las normas estadísticas que yo haya aprendido, sólo trazan la curva de regresión y no muestran la dispersión de la variación alrededor de la curva, de modo que los gráficos no muestran nada de la importancia de la relación; es decir, la cantidad de variación de los factores sociales explicada mediante el CI y el nivel socioeconómico.

Ahora bien, ¿por qué se centran Herrnstein y Murray en la forma e ignoran la importancia? Casi todas sus relaciones son muy débiles; es decir, muy poca parte de la variación de los factores sociales puede explicarse por el CI y por el nivel socioeconómico (aunque la forma de esta pequeña cantidad tienda a situarse en la dirección deseada). En resumen, el CI no es un factor importante para determinar la variación en casi ninguno de los factores sociales que estudian; y en consecuencia sus alardeadas conclusiones se hundeen, o bien quedan hasta tal punto atenuadas que su pesimismo y su programa social conservador no ganan ningún apoyo significativo.

Herrnstein y Murray admiten todo esto de hecho, por lo menos en un pasaje crucial de la página 117, pero ocultan la pauta. Escriben: «Casi siempre explica menos del 20 por 100 de la variancia, por usar un término estadístico, por regla general menos del 10 por 100 y a menudo menos del 5 por 100. Lo que significa esto hablando claro es que no se puede predecir lo que hará una persona dada a partir de su puntuación en el CI ... Por otra parte, a pesar de la baja asociación en el plano individual, grandes diferencias de comportamiento social separan a grupos de personas cuando los grupos difieren en la media intelectual». Pese a esta renuncia, en la siguiente y notable frase los autores hacen un fuerte alegato causal: «Defenderemos que la inteligencia en sí, no sólo su correlación con el nivel socioeconómico, es responsable de las diferencias entre estos grupos». Pero un pequeño porcentaje de determinación estadística no equivale a una explicación causal (y las correlaciones no implican en ningún caso causa, ni siquiera cuando las correlaciones son fuertes: como en la fuerte, perfecta y positiva correlación entre mi edad cada vez mayor y el aumento de la deuda nacional). Además, su argumentación resulta aún peor para sus tesis en clave genética; pues citan heredabilidades de alrededor de un 60 por 100 para el CI, de modo que ¿casi hay que partir el pequeño porcentaje explicado si se quiere despejar la fuerza del determinismo genético según sus propios criterios!

Mi acusación de doblez recibe una fuerte confirmación en una frase escondida en la primera página del Apéndice 4, la 593, donde los autores afirman: «En el texto no nos referimos a la habitual forma de medir la bondad del ajuste en las regresiones múltiples, R^2 , pero se presenta aquí a propósito de los análisis intercruzados». Ahora bien, ¿por qué excluyen del texto, y relegan a un apéndice que pocos leerán, ni tan siquiera consultarán, un número que, según ellos mismos admiten, es «la forma habitual de medir la bondad del ajuste»? Sólo puedo sacar la conclusión de que eligen no admitir en el texto principal la extrema debilidad de sus alardeadas relaciones.

Los coeficientes de correlación de Herrnstein y Murray son por regla general lo bastante bajos de por sí como para inspirar poca confianza. (Los coeficientes de correlación miden la importancia de la relación lineal entre variables: los valores positivos van desde 0,0, en que no hay ninguna relación, hasta 1,0, en que la relación lineal es perfecta.) Aunque las cifras bajas no son atípicas en las ciencias sociales para análisis grandes que incluyen muchas variables, la mayor parte de las correlaciones de Herrnstein y Murray son muy bajas, oscilando a menudo entre 0,2 y 0,4. Ahora bien, 0,4 puede sonar respe-

tablemente fuerte, pero —y ahora llegamos al punto clave— R^2 es el cuadrado del coeficiente de correlación, y el cuadrado de un número comprendido entre 0 y 1 es menor que el número mismo, de modo que una correlación 0,4 da un R^2 de sólo 0,16. En el Apéndice 4, pues, descubrimos que la inmensa mayoría de las mediciones de R^2 , excluidas del cuerpo principal del texto, tienen valores inferiores a 0,1. Estos valores tan bajos de R^2 exponen la verdadera debilidad, en el sentido vulgar de la palabra, de casi todas las relaciones que constituyen el meollo de *The Bell Curve*.

Duplicidad de programa

Como tantos ideólogos conservadores que denostan a un ogro en buena medida espurio de corrección política sofocante, Herrnstein y Murray alegan que sólo pretenden que se oigan las opiniones impopulares, para que así se haga pública la verdad. Y aquí, por una vez, estoy completamente de acuerdo. Como partidario (casi) absolutista de la Primera Enmienda, aplaudo la publicación de opiniones impopulares que algunas personas consideran peligrosas. Estoy encantado de que se haya escrito *The Bell Curve*, para que así queden expuestos sus errores, pues Herrnstein y Murray tienen razón en señalar la diferencia entre los programas públicos y los privados sobre las razas, y debemos esforzarnos para conseguir tener también impacto sobre los programas privados.

Pero *The Bell Curve* difícilmente puede calificarse de tratado académico de teoría social y genética de poblaciones. El libro es un manifiesto de ideología conservadora, y su lamentable y tendencioso tratamiento de los datos delata su intención principal: preconizar antes que nada. El texto evoca el retumbar melancólico y pavoroso de las tesis asociadas a las mentes de los teóricos del pensamiento conservador: reducción o eliminación de la asistencia social, supresión de la discriminación positiva en colegios y lugares de trabajo, cese del programa Head Start y de otras formas de enseñanza preescolar, recortes de los programas para quienes son más lentos aprendiendo y aplicación de fondos a los mejor dotados (Dios sabe que me gustaría ver que se presta más atención a los estudiantes con talento, pero no a este cruel y cínico precio).

El penúltimo capítulo presenta una visión apocalíptica de una sociedad con una población cada vez más numerosa atascada en los primeros años de carrera a resultas de la inevitable indolencia de su bajo CI. Sus representantes se apoderarán del centro de nuestras ciudades, seguirán teniendo hijos ilegítimos (pues muchos son demasiado estúpidos para practicar el control de natalidad), cometerán más delitos y en último término precisarán de una especie de Estado custodio, más para mantenerlos bajo control (y fuera de nuestros barrios con CI alto) que por ninguna esperanza de mejorar su suerte, que el bajo CI hace imposible en cualquier caso. Herrnstein y Murray escriben de hecho (p. 526): «En suma, cuando decimos Estado custodio estamos pensando en una versión altamente tecnificada y más pródiga de las reservas indias para una minoría sustancial de la población del país, mientras el resto de Estados Unidos procura llevar adelante sus ocupaciones».

El capítulo final trata, pues, de proponer una alternativa, pero nunca he leído nada tan flojo, tan improbable, casi tan grotescamente impropio. Añoran nostálgicamente los «buenos tiempos antiguos» de ciudades y barrios donde era posible encargar tareas valiosas a todo el mundo y había autoestima en todo el escalafón jerárquico del CI (con lo que Forrest Gump podría recoger ropa para la rifa de la iglesia, mientras el señor Murray y los demás tipos brillantes planifican y llevan las cuentas. ¿Se han olvidado del judío urbano y de los habitantes radicados al otro lado de las vías del tren que viven en muchos de esos idílicos pueblos?). Creo en este concepto del barrio y lucharé por que regrese. Me crié en un sitio de éstos, dentro del mosaico conocido como Queens, en la ciudad de Nueva York, pero ¿es que puede encontrar alguien ahí soluciones en serio (en lugar de valiosos paliativos) a nuestros infortunios sociales?

No obstante, si Herrnstein y Murray están equivocados con respecto al CI, en tanto que algo inmutable que hay en la cabeza, con los seres humanos graduados en una única escala de capacidad general, que deja en el fondo una gran cantidad de incompetentes a custodiar, entonces el modelo que genera su tenebrosa visión se desmorona y vuelve a emerger la hermosa diversidad de las capacidades humanas debidamente educadas. Debemos combatir la doctrina de *The Bell Curve* tanto por estar equivocada como porque, si se activara, cortaría toda posibilidad de adecuada educación para la inteligencia de todos. Desde luego, no todos podemos ser científicos espaciales ni cirujanos cerebrales (por utilizar dos sinécdoques del argot actual para indicar los más inteligentes de los inteligentes), pero los que no lo consigan podrán ser músicos de rock o atletas profesionales (y con eso ganar mucho más prestigio social y mejores sueldos), mientras que otros en realidad serán útiles con estar a la expectativa.

Acabé el capítulo 7 de *La falsa medida del hombre*, sobre la irrealidad de *g* y la falacia de considerar la inteligencia como algo único e innato que hay en la cabeza (en lugar de ser la palabra vulgar para aludir a una asombrosa panoplia de capacidades en buena medida independientes), con una maravillosa cita de John Stuart Mill que bien vale la pena repetir para bajar del pedestal a esta nueva oleada generacional de determinismo biológico aplicado a la genética de la inteligencia:

Siempre ha sido fuerte la tendencia a creer que todo lo que tiene un nombre es una entidad o un ser dotado de existencia propia independiente. Y cuando no se ha logrado hallar una entidad real que corresponda al nombre, no por eso han pensado los hombres que esa entidad no existía; han imaginado, en cambio, que se trataba de algo particularmente abstruso y misterioso.

Cuán extraño es que dejemos que un único número falso nos divida cuando la evolución ha unido a todos los pueblos en lo reciente de nuestros antepasados comunes, apuntalando de este modo, con la humanidad compartida, esa infinita diversidad que las costumbres no pueden echar nunca a perder. *E pluribus unum.*

Los fantasmas del pasado de las curvas de campana

No sé si la mayor parte de los hombres blancos saben o no saltar (aunque puedo atestiguar, gracias a la prolongada observación, que Larry Bird no podía, pero ¡por Dios que sabía jugar al baloncesto!). Y no me importa demasiado, aunque supongo que el tema tiene algún interés y legitimidad marginal en un entramado alternativo que evite insignificantes categorías biológicas como blanco y negro. Sin embargo, nunca puedo pronunciar un discurso sobre el tema de la diversidad humana sin que salga a relucir alguna variante de esta investigación en el tiempo final de preguntas. Entiendo que la «versión deportiva», supongo, es un aceptable sustituto de lo que realmente preocupa a la gente de buena voluntad (y de mala, aunque por otras razones).

Los viejos tiempos de racismo manifiesto no engendraron estos remilgos. Cuando el abuelo del racismo académico moderno, Joseph-Arthur, conde de Gobineau (1816-1882), hizo una pregunta similar acerca de la naturaleza de las diferencias supuestamente innatas e inmodificables de los grupos raciales, la planteó con total precisión. El título del capítulo final del volumen I de su obra más influyente, *Essai sur l'inégalité des races humaines* (Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas), reza: «Características morales y conceptuales de las tres grandes variedades». Nuestras preocupaciones siempre se han centrado en los inteligentes y la decencia, no en el salto de altura ni en la propensión a los paros cardiovasculares.

Y Gobineau no dejó dudas sobre su postura:

La idea de las diferencias innatas y permanentes en la dotación moral y mental de los distintos grupos de la especie humana es una de las opiniones más antiguas así como más universalmente aceptadas. Con pocas excepciones, la mayor parte de éstas en nuestros tiempos, ha constituido el fundamento de casi todas las teorías políticas y ha sido la máxima fundamental de gobierno en todas las naciones, grandes o pequeñas. Los prejuicios nacionales no tienen otra causa; cada nación cree en su propia superioridad sobre sus vecinos y muy a menudo las distintas partes de la misma nación miran a las demás con desprecio.

Gobineau fue sin duda el racista académico más influyente del siglo XIX. Sus escritos afectaron vivamente a intelectuales como Wagner y Nietzsche e inspiraron un movimiento social llamado gobinismo. En buena medida gracias a su impacto sobre el fanático inglés Houston Stewart Chamberlain, las ideas de Gobineau sirvieron de fundamento a las teorías raciales que adoptó Adolf Hitler. Gobineau, aristócrata monárquico por sus orígenes, alternaba la escritura con una exitosa carrera diplomática al servicio del gobierno francés. Fue autor de varias novelas y de obras históricas no novelescas (una historia del pueblo persa y de la Europa renacentista, por ejemplo), pero lo que más fama le dio fue su obra en cuatro volúmenes sobre la desigualdad racial, publicada entre 1853 y 1855.

La postura fundamental de Gobineau es fácil de resumir: el sino de las civi-

lizaciones está determinado en buena medida por la composición racial, siendo la decadencia y caída por lo general atribuibles a la disolución de la estirpe pura como consecuencia del cruzamiento. (Gobineau temía que el debilitamiento de su Francia contemporánea, en buena medida para provecho de Alemania, pudiera «rastrear hasta la gran diversidad de elementos étnicos incompatibles que compone la población», según escribe su traductor en la introducción a la primera edición estadounidense de 1856). Las razas blancas (especialmente los subgrupos arios dominantes) podrían mantenerse en el poder, confiaba Gobineau, pero sólo si se mantenían relativamente libres de cruzamientos con las estirpes intelectual y moralmente inferiores de amarillos y negros (Gobineau utilizaba estos crudos términos del color en sus tres grupos principales).

Nadie dudará del potencial político de estas ideas y nadie concederá ningún crédito al alegato de que Gobineau sólo escribió en interés de la verdad abstracta, sin pretender defender un programa. No obstante, esto no impide señalar que la traducción norteamericana, publicada en Filadelfia en 1856, a la vez que se veía el caso Dred Scott ante el Tribunal Supremo, muy al borde de la guerra civil, seguramente tocó alguna fibra sensible de los tiempos peligrosos que corrían; pues la clara noción que tenía Gobineau de la pureza racial y del peligro del entremezclamiento seguro que tocó la fibra sensible en nuestro país con máxima diversidad racial y repleto de desigualdades, con esclavitud para los negros y exterminio para los indios. J. C. Nott, de Mobile, el más activo divulgador estadounidense de la antropología de tenor racista, escribió un largo apéndice a la traducción (su libro de texto *Types of Mankind*, escrito con G. R. Gliddon en 1854, fue el *best-seller* de la época en este campo). No fuera a ser que se le escapara a alguien la importancia local de este tratado europeo, el traductor escribió en el prefacio:

El objetivo [de estudiar las diferencias raciales] es sin duda noble, y su prosecución no puede ser sino instructiva para el hombre de Estado y para el historiador, y no menos para el lector no especializado. En este país es particularmente interesante e importante, pues no sólo es nuestro inmenso territorio la morada de las tres variedades mejor definidas de la especie humana —la blanca, la negra y la india—, a las que se está agregando rápidamente como una cuarta la gran inmigración de chinos a nuestra costa occidental, sino que la fusión de las distintas nacionalidades no es en ninguna parte más rápida y completa.

Sin embargo, Gobineau necesitaba pruebas para sus tesis. (Mi anterior cita de Gobineau tan sólo afirma que la mayor parte de la gente cree en la desigualdad innata y no presenta ninguna prueba de que esta impresión general sea correcta.) Por lo tanto, en el último capítulo de su libro Gobineau esboza un intento de procurarse los necesarios datos que apoyen su racismo. Comienza por decirnos cómo *no* debemos estructurar la argumentación. No debemos, sostiene, señalar las pobres consecuencias de los individuos pertenecientes a las «razas inferiores», pues tal estrategia daría lugar a que se buscaran ejemplares sueltos de altas consecuencias dentro de los grupos por regla general sumidos en la ignorancia. Gobineau empieza el capítulo final escribiendo (la cita es larga

y escalofriante, pero vale la pena el espacio porque sirve de recuerdo de las «certidumbres» de un pasado no tan lejano):

En las páginas precedentes me he esforzado en mostrar que ... las distintas ramas de la familia humana se distinguen por diferencias permanentes e inerradicables, tanto desde el punto de vista físico como desde el mental. Son desiguales en capacidad intelectual, en belleza personal y en fuerza física ... Al llegar a esta conclusión me he abstenido por completo del método a que, desgraciadamente a causa de la ciencia, tan a menudo recurren los etnólogos y que, por no decir algo peor, es sencillamente ridículo. La discusión no se ha basado en el valor moral e intelectual de individuos aislados.

No aguardaré a que los reivindicadores de la absoluta igualdad de todas las razas me aduzcan tal o cual pasaje de alguna publicación de misioneros o de navegantes donde conste que algún yolof se ha convertido en un hábil carpintero, que algún hotentote ha sido un excelente doméstico, que algún cafre toca bien el violín o que algún bambarra ha hecho muy respetables progresos en aritmética.

Estoy preparado para admitir —y para admitirlo sin demostración— cualquier cosa de ese tipo, por notable que sea, que pueda contarse de los salvajes más degradados ... No, yo iré más lejos que mi oponente, y no estoy lo más mínimamente dispuesto a dudar de que entre los jefes de los rudos negros de África se puede encontrar un considerable número de inteligencias activas y vigorosas, que superan en mucho la fertilidad en ideas y los recursos mentales de la media de nuestro campesinado e incluso de algunas de nuestras clases medias.

(La ubicuidad del prejuicio reside en los detalles inconscientes. Obsérvese cómo Gobineau, al escribir a su «generosa» manera, sigue siendo incapaz de imaginar en un gobernante africano ningún nivel intelectual superior al del campesinado europeo, o quizás al de las capas más bajas de la burguesía, ¡pero nunca, Dios no lo permita, ni siquiera comparable con el de la peor de las clases altas!)

¿Cómo, entonces, se afirmará el nivel racial si no tienen validez los argumentos sobre los individuos? Gobineau afirma que debemos encontrar una medida, preferiblemente imbuida con el prestigio de las matemáticas, para las propiedades medias de los grupos:

De una vez por todas, estos argumentos [sobre los individuos] me parecen carentes de valor para la auténtica ciencia ... Dejemos semejantes puerilidades y no comparemos a los individuos sino a las masas ... Esta tarea difícil y delicada no puede llevarse a cabo hasta haber determinado con precisión y, por así decirlo, matemáticamente la posición relativa de la masa entera de cada una de las razas.

Me sentí impulsado, lo confieso, a volver a leer a Gobineau por el actual revuelo levantado por *The Bell Curve* de Charles Murray y mi malogrado colega Richard Herrnstein, pues reconozco que utilizan exactamente la misma estructura argumentativa sobre individuos y grupos, aunque para propósitos absolutamente distintos, y la disparidad dentro de la similitud me afectó como un espectro. Herrnstein y Murray también sostienen que las diferencias de inteligencia entre los grupos raciales son reales y sobresalientes (también en buena

medida innatas y de hecho inmutables), y también insisten en que tales disparidades grupales no conllevan ninguna implicación para juzgar a los individuos. De este modo esperan eludir la acusación de racistas y se aseguran ser tenidos por partidarios de los derechos humanos: pues ningún individuo negro, desde el punto de vista de ellos, debe ser devaluado por el hecho de que su grupo sea innatamente menos inteligente que el de los blancos; después de todo, este individuo en concreto tal vez sea un miembro de brillantez nada habitual de su raza, cuya media es estúpida. (Debo decir que considero este argumento o bien dúplice o bien ingenuo —y no me es posible ver al señor Murray como un ingenuo—, dada la realidad que constituyen las actitudes raciales en Estados Unidos pese a nuestra idealizada esperanza de juzgar a todos los hombres únicamente por sus obras y atributos personales, no por su pertenencia a grupos.)

Gobineau deseaba separar el juicio sobre los individuos del juicio sobre los grupos porque no quería que la «realidad» de las diferencias grupales se emturbiara a resultas de las realizaciones nada características de unos cuantos individuos. Herrnstein y Murray hacen la distinción en un clima político muy distinto; subrayan la *realidad* del logro individual (en lugar de la fastidiosa confusión que supone) con objeto de evitar (de manera suficientemente clara) la acusación de racismo, a la vez que mantienen algo bastante próximo a las diferencias de inteligencia y a la improbabilidad de que disminuyan, según Gobineau. (Por favor, compréndase que no estoy tratando de mancillar a Herrnstein y Murray con insultos tomados del pasado. No estoy tratando de establecer una vinculación indirecta con el Tercer Reich; y nunca podremos acusar a Gobineau por el extremista uso que de él hizo Hitler, vía Chamberlain. Pero me fascina que las estructuras de las ideas puedan ser tan similares a lo largo de los siglos, mientras los pensadores de mentalidad básicamente conformista subrayan partes distintas de una misma entidad dentro de climas que varían con cada época.)

Buscando un fundamento matemático para las diferencias grupales de inteligencia y moralidad, Gobineau quedó prendado de las mediciones, groseras y directas, de la ciencia racista del siglo XIX: sobre todo, las formas y tamaños de los cráneos y de otras partes del cuerpo (pues todavía no se había desarrollado ninguna valoración supuestamente «directa» mediante tests mentales). Por ejemplo, Gobineau localizaba el destino de los negros en la anatomía externa:

Las razas oscuras son las inferiores de la escala. La forma de la pelvis tiene un carácter de animalismo, que queda impreso en los individuos de esa raza desde antes de su nacimiento y que parece anticipar su destino ... La frente estrecha y en retroceso de los negros parece marcarlos como inferiores en capacidad de razonar.

Además, de una manera muy característica de esta pseudociencia, Gobineau se las arregla para poner todas las observaciones a la luz de su prejuicio sobre la inferioridad de los negros. Incluso los rasgos ostensiblemente favorables se reorganizan al servicio de la interpretación racista. Sobre el supuesto estoicis-

mo de los negros frente al dolor, por ejemplo, Gobineau cita el testimonio de un médico: «Soportan las intervenciones quirúrgicas mucho mejor que los blancos, y a lo que sería causa de dolor insoportable para un blanco, un negro casi no le presta atención. He amputado piernas a muchos negros que se han sujetado ellos mismos la parte superior del miembro». Cualquier blanco sería alabado por su coraje, su valor y su nobleza, pero Gobineau atribuye esta supuesta tolerancia al dolor de los negros a «una cobardía moral que fácilmente se refugia en la muerte, o en una especie de monstruosa impasibilidad».

Lo mismo que las mediciones corporales constituían los únicos instrumentos, sólo marginalmente exitosos (incluso en sus propios términos), del racismo científico decimonónico, la tecnología más sofisticada de los tests psicológicos —que miden el sutil interior, por así decirlo, en lugar del indirecto exterior— ha sentado las bases de la mayor parte de los argumentos sobre la desigualdad humana en el siglo xx. (Como explico con mucho mayor detalle en el texto principal, no soy contrario a todas las formas de test psicológico y desde luego no veo el empeño como inherentemente racista ni consagrado a argumentar a favor de las inmutables diferencias entre los hombres; pues a menudo se ha promovido exactamente la intención contraria, utilizando tests para medir la mejora que puede aportar una buena educación.)

No obstante, una filosofía concreta de los tests psicológicos apunta la mayor parte de las argumentaciones hechas en nuestro siglo sobre las diferencias intelectuales entre los grupos humanos. Además, esta filosofía surge directamente de las técnicas más burdas para medir cuerpos que definieron el tema en el siglo xix. En este sentido, podemos trazar la continuidad desde Gobineau hasta la moderna teoría hereditaria del CI. Creo que esta filosofía ha perdido influencia como resultado conjunto de las falacias puestas al descubierto en la argumentación general y de la incapacidad de los datos para revalidar las premisas esenciales. Pero Herrnstein y Murray han reavivado esta filosofía, en su forma íntegra y original, en *The Bell Curve*; y, por lo tanto, debemos volver a las fuentes históricas de la falacia.

La versión «gobinista» de los test psicológicos —utilizando el empeño para argumentar a favor de las diferencias innatas e inerradicables de inteligencia que hay entre los grupos humanos— se basa en cuatro premisas consecutivas e interrelacionadas, cada una de las cuales debe ser cierta de por sí (y todas las vinculaciones deben también ser válidas) para que no se desplome el edificio entero:

1. El conjunto de atributos humanos maravillosamente diversos y pluridimensionales que llamamos «inteligencia» en lenguaje vulgar debe depender en su integridad de un único factor global (o apuntalador) de la capacidad intelectual general, habitualmente llamado *g*, o factor general de inteligencia (véase mi crítica a esta noción y a su fundamento matemático en el capítulo 6 del texto principal).

2. La «cantidad» general de inteligencia de cada persona debe poderse medir con una única cifra (llamada «CI»); una clasificación lineal de las personas según el CI debe establecer, por lo tanto, una jerarquía de inteligencia diferen-

cial; y por último (por lo que respecta al factor social de argumentación), las consecuencias de las personas, en la vida y en sus clasificaciones sociales dentro de las jerarquías de mérito y de riqueza, deben mantener una fuerte correlación con las puntuaciones del CI.

3. Este número único debe medir una cualidad innata de constitución genética y fuertemente heredable a lo largo de generaciones.

4. La puntuación del CI de una persona debe ser estable y permanente: sujeta a poca modificación (sólo a chapuzas menores y provisionales) por cualesquiera programas de intervención social y educativa.

En otras palabras, para caracterizar a cada uno de los cuatro razonamientos en una o dos palabras, la inteligencia humana debe ser abstraible (en forma de número único), clasificable, muy heredable y prácticamente inmutable. Si falla alguno de estos supuestos, todo el razonamiento y el programa político adjunto queda panza arriba. Por ejemplo, con que sólo sea falsa la cuarta premisa, la de la inmutabilidad, los programas sociales de corrección educativa intensiva bien podrían incrementar, sustancial y perdurablemente, una desventaja innata y muy heredable del CI; exactamente igual que yo puedo comprarme un par de gafas para corregir un defecto de visión absolutamente innato y completamente hereditario. (La falsa igualación de «hereditario» con «permanente» o «inalterable» ha operado desde hace mucho tiempo como una falsedad de importancia cardinal en este debate.)

No puedo presentar en este ensayo una crítica completa de *The Bell Curve* (véase para más detalles el ensayo anterior). Sólo deseo rastrear algunas raíces históricas para sacar a la luz una pasmosa ironía. La argumentación de *The Bell Curve* sobre la inteligencia media entre los grupos raciales no es en absoluto diferente, ni está mejor fundada, que la versión fundacional de Gobineau. La principal adición es un cambio de metodología y de refinamiento: de medir cuerpos a medir el contenido de la cabeza en los tests de inteligencia. Pero la versión del CI se basa en suposiciones (los cuatro enunciados anteriores) tan insostenibles como aquellas con las que los decimonónicos apuntalaban las antiguas jerarquías de los tamaños de las cabezas. A esta luz, podemos obtener una mejor idea revisando la filosofía y las aspiraciones del hombre que fue el primero en inventar el moderno sistema de los tests mentales durante la primera década de nuestro siglo: el fisiólogo francés Alfred Binet (quien más tarde se convirtió en el epónimo del test cuando el profesor Lewis M. Terman, de Stanford, importó el aparato a Estados Unidos, desarrolló una versión local y la denominó el test de CI de Stanford-Binet).

Demostraré que las intenciones de Binet contradicen de plano la versión inatista, pues creía firmemente en las correcciones educativas y rechazó explícitamente cualquier interpretación hereditaria de sus resultados. Es irónico que la teoría hereditaria del CI (la imposición del aparato de Binet sobre la argumentación de Gobineau) surgiera en Estados Unidos, la tierra de la libertad y de la justicia para todos (pero durante nuestro período más patriotero, en y a continuación de la primera guerra mundial). La exposición de la intención original de Binet no demuestra que éste tuviera razón ni que los partidarios

de la herencia estén equivocados (después de todo, una teoría con pretensiones de originalidad ¡funciona aún peor en la ciencia que en la legislación constitucional!). En cambio, Binet tiene razón porque sus argumentos siguen teniendo validez, y la distorsión de su sabio y humanitario empeño debe clasificarse como una de las grandes tragedias de la ciencia del siglo xx.

En 1904 Binet fue comisionado por el ministro de Educación Pública de Francia para que ideara un procedimiento para identificar los niños de la escuela primaria cuyas dificultades en las aulas normales indicaran alguna necesidad de educación especial. (En las escuelas públicas francesas las clases tienden a ser bastante largas y los planes de estudios inflexibles; los profesores tienen poco tiempo para atender individualmente a los alumnos con necesidades especiales.) Binet decidió un enfoque puramente práctico. Elaboró un test basado en un batiburrillo de diversas tareas relacionadas con los problemas de la vida cotidiana (contar monedas, por ejemplo) en que supuestamente participaban procesos básicos de razonamiento (lógica, ordenación, corrección) más bien que habilidades explícitamente aprendidas, como leer. Mezclando un número suficiente de tests sobre diferentes cualidades, Binet esperaba abstraer la capacidad general del niño en forma de una única puntuación. Binet subrayó la naturaleza rudimentaria y empírica de su test con la máxima: «Poco importa lo que sean los tests, con tal de que sean numerosos».

Binet rechazó explícitamente que su test —más tarde llamado cociente de inteligencia (o CI), cuando el psicólogo alemán W. Stern tabuló los resultados dividiendo la «edad mental» (según indagaba el test) por la edad cronológica— pudiera medir la propiedad biológica interna merecedora del nombre de «inteligencia general». Antes que nada, Binet creía que la propiedad compleja y múltiple llamada inteligencia no podía ser captada, en principio, por un único número válido para clasificar los niños en una jerarquía lineal. Escribió en 1905:

En rigor, la escala no permite medir la inteligencia, porque las cualidades intelectuales no pueden superponerse y, por lo tanto, es imposible medirlas como se miden las superficies lineales.

Además, Binet temía que si los maestros interpretaban la cifra del CI como una cualidad innata inflexible, en lugar de (cual él pretendía) como una orientación para identificar a los alumnos necesitados de ayuda, utilizarían las puntuaciones como excusa cínica para erradicar a los alumnos problemáticos en lugar de para ayudarlos. Binet escribió de tales profesores: «Su razonamiento parece ser el siguiente: “He aquí una excelente ocasión para deshacernos de todos los niños que nos causan problemas”, y sin auténtico sentido crítico se engloba a todos los que son rebeldes o no demuestran interés por la escuela». Binet también temía al fuerte prejuicio que desde entonces ha sido calificado de «profecía de la realización de los propios deseos» o efecto Pigmalión: si se les dice a los profesores que un alumno es ineducable por naturaleza, basándose en una falsa interpretación de las bajas puntuaciones de CI, tratarán al estudiante como a un discapacitado, con lo que fomentarán las notas bajas me-

diante una evaluación inadecuada, en lugar de responder a la naturaleza inherente del alumno. Invocando el caso que por entonces hacía furor en Francia, Binet escribió:

Realmente es facilísimo descubrir signos de atraso en un individuo cuando ha habido una advertencia previa. No de otro modo operaron los grafólogos que, cuando se creía en la culpabilidad de Dreyfus, descubrieron en su escritura signos de que se trataba de un espía o de un traidor.

Binet opinaba que este test sería más útil para identificar formas leves de retraso o de incapacidades para aprender. Pero incluso en estas específicas y serias dificultades, Binet rechazó con firmeza la idea de que su test pudiera identificar las causas de los problemas educativos, particularmente su potencial fundamento en la herencia biológica. Sólo deseaba identificar a los niños con necesidades especiales, para así poder prestarles ayuda:

Nuestro propósito consiste en poder medir la capacidad intelectual de un niño que nos traen para averiguar si es normal o atrasado ... Dejamos de lado su etiología, y no intentamos establecer distinción alguna entre la idiocia adquirida y la idiocia congénita ... No tratamos de establecer, o preparar, pronóstico alguno, y dejamos en suspenso la cuestión de si su atraso es o no incurable, o si es susceptible de mejora. Nos limitaremos a indagar la verdad respecto del estado mental que presenta en la actualidad.

Binet evitó cualquier alusión a límites biológicos congénitos, porque sabía que una interpretación innatista (que las puntuaciones de los tests no garantizan en ningún caso) tendría la perversa virtud de arruinar su propósito de ayudar a los niños con problemas de aprendizaje. Binet recriminó a los profesores que utilizaban la estupidez irremediable para eludir el esfuerzo especial que requieren los alumnos difíciles: «No tienen simpatía ni respeto por [los estudiantes] y su lenguaje inclemente los impulsa a pronunciar en su presencia frases del tipo “Este chico que nunca llegará a nada ... carece de toda inteligencia”. ¡Cuántas veces he escuchado estas frases imprudentes!». En un pasaje elocuente, Binet da rienda suelta a su cólera contra los profesores que sostienen que un estudiante «nunca» tendrá éxito debido a su inferioridad biológica:

¡Nunca! ¡Qué palabra tan grave! Algunos pensadores recientes parecen haber respaldado moralmente estos veredictos lamentables al sostener que la inteligencia de un individuo constituye una cantidad fija, que no se puede aumentar. Debemos protestar y oponernos a este pesimismo brutal; debemos empeñarnos en demostrar que esto carece de todo fundamento.

Por último, Binet se regocijaba del éxito de los profesores que utilizaban sus tests para identificar a los estudiantes y proporcionarles la necesaria ayuda. Defendía los programas correctivos e insistió en que los beneficios así obtenidos debían interpretarse como genuinos aumentos de inteligencia:

En este sentido práctico, el único que disponemos, afirmamos que la inteligencia de esos niños se desarrolló. Logramos desarrollar aquello que constituye la inteligencia de un alumno: la capacidad de aprender y asimilar la enseñanza.

¡Cuán trágico y cuán irónico! Si los tests de CI se hubieran utilizado de acuerdo con lo que pretendía Binet, los resultados habrían sido enteramente beneficiosos (en este sentido, como ya he expuesto, no me opongo a los tests psicológicos por principio, sino sólo a determinadas versiones y filosofías). Pero el giro innatista y antimeliorista* que Binet había previsto y desaprobado se ha convertido en la interpretación dominante, y las intenciones de Binet han sido derrocadas e invertidas. Y esta inversión —la creación de la teoría hereditaria del CI— ocurrió en Estados Unidos, no en la elitista Europa. Los principales importadores del método de Binet promovieron la versión biodeterminista a la que se había opuesto Binet; y los resultados siguen sonando falsos en nuestro tiempo bajo la forma de *The Bell Curve*.

Consideremos los dos principales promotores iniciales de la escala de Binet en los Estados Unidos. El psicólogo H. H. Goddard, que tradujo al inglés artículos de Binet y defendió el uso generalizado del test, adoptó tanto la opinión hereditaria intransigente como el argumento a favor de la inteligencia como entidad única:

Formulada en términos crudos, nuestra tesis consiste en afirmar que el principal factor determinante de la conducta humana es un proceso mental unitario que llamamos inteligencia; que ese proceso está condicionado por un mecanismo nervioso innato; que el grado de eficacia de dicho mecanismo nervioso y el consiguiente grado intelectual o mental que alcanza cada individuo dependen del tipo de cromosomas que aportan las células germinales; que, salvo los accidentes graves que puedan destruir parte de dicho mecanismo, las influencias posteriores inciden en muy pequeña medida sobre la inteligencia.

Lewis M. Terman, que codificó el CI para Estados Unidos como el test de Stanford-Binet, sostuvo la misma opinión, primero sobre la inteligencia como cantidad unitaria: «¿Es la capacidad intelectual una cuenta de la que podemos sacar o que necesitamos para todos los fines deseados, o bien un paquete de cheques distintos, cada uno extendido para atender un fin específico y no convertible?». Terman optó por la cuenta bancaria general. También expuso sus convicciones hereditarias: «Este estudio ha reforzado mi impresión acerca de la mayor importancia de la herencia, comparada con la educación, como factor determinante del mérito intelectual de cada individuo con respecto a sus congéneres».

Pero Binet había proporcionado todos los argumentos correctos en contra; y sus palabras, incluso hoy, pueden servir de detonador para la refutación, basada en la precisión científica y en principios éticos, de *The Bell Curve* de Herrnstein y Murray, el legado vivo de la característica aportación estadounidense a los tests de inteligencia: la interpretación hereditaria. La inteligencia, nos dijo Binet, no puede abstraerse en forma de una única cifra. El CI es un instrumen-

to útil para identificar los niños necesitados de ayuda, no un dictado inevitable de la biología. Esta ayuda puede ser eficaz, pues el entendimiento humano es ante todo flexible. No somos iguales en dotación heredada y no entramos en el mundo en forma de tableros en blanco, pero la mayor parte de las deficiencias pueden corregirse en un grado considerable, y el encubridor efecto del determinismo biológico determina su mayor tragedia: pues si renunciamos (porque aceptamos la doctrina de los límites congénitos inmutables), pero hubiéramos podido ayudarlos, entonces habremos cometido el error más deplorable, el de encadenar el espíritu humano.

¿Por qué debemos seguir el modelo, falaz y dicotómico, de oponer una biología supuestamente fija e innata a la flexibilidad de la instrucción, o sea, la naturaleza frente a la educación, en el melifluo emparejamiento de palabras que fija esta oposición en la mentalidad pública? La biología no es un destino inevitable; la educación no es un asalto a los límites biológicos. Más bien, nuestra amplia capacidad para mejorar mediante la educación señala una singularidad genética sólo dispensada a los seres humanos entre todos los animales.

Me sentí a la vez reconfortado y acongojado por un reportaje de *Newsweek* (24 de octubre de 1994) sobre una escuela de enseñanza media del Bronx dedicada a conseguir grandes expectativas de estudiantes desfavorecidos. *Newsweek* informa de que:

Estos trescientos estudiantes negros y latinos proporcionan la base para una fuerte crítica de *The Bell Curve*. Richard Herrnstein y Charles Murray defienden que el CI es en buena medida genético y que un CI bajo significa escaso éxito en la sociedad. Por lo tanto, sostienen, ni las escuelas eficaces ni un medio ambiente más sano pueden hacer mucho por alterar el destino de las personas. Sin embargo, en Hostos las puntuaciones de lectura se han duplicado en dos años. La tasa de abandono de los estudios es baja, la asistencia a clase, alta. Alrededor del 70 por 100 de la clase de 1989 se graduó en su momento, el doble de la media de la ciudad.

Hermosa noticia y un buen refuerzo a las intenciones originales de Binet. Pero debo oponerme al título del reportaje: «Desafío a Darwin», y a la primera frase: «Hoy, en la calle 149 esquina a Grand Concourse, una escuela pública de enseñanza media para niños con riesgo desafía a Darwin día a día».

¿Por qué es Darwin el enemigo y el impedimento? Tal vez el *Newsweek* sólo pretenda darle un sentido metafórico al darwinismo (también se trata de una grave mala interpretación) como lucha en un mundo duro, donde la mayor parte de los combatientes son eliminados. Pero yo creo que la dirección de *Newsweek* utilizaba a «Darwin» como un sustituto de una visión con anteojeras de la «biología»: al decirnos que esta escuela refuta la idea de los límites genéticos fijos. La biología no es el enemigo de la flexibilidad humana, sino la fuente y el potenciador (si bien el determinismo genético representa una teoría falsa de la biología). El darwinismo no es una exposición de las diferencias fijas, sino la teoría central de una disciplina —la biología evolucionista— que ha descubierto las fuentes de la unidad humana en las mínimas distancias genéticas que hay entre nuestras razas y en el pasado geológico de nuestro origen común.